

Aquí lo necesario suele ser lo imposible

El ejercicio es rutinario: la fotografía del presidente recién juramentado se contrapone a la del expresidente recién jubilado. La conclusión es obvia: los ajeteos del poder le añadieron muchos años al rostro del mandatario en retirada. Y la metáfora viene por añadidura: la suerte del país se asemeja al semblante del presidente. Son las hechuras de un cuatrienio: un rostro ajado y un país desolado.

Pero el ocaso de Pastrana (si sigue escondido no le van a poder tomar la fotografía de marras) no debe ser ignorado por el gobierno que comienza. Los que llegan tienen mucho que aprender de los que se van. Para los primeros todo es posible. Su lenguaje exaltado no conoce límites. Habla de revoluciones, saltos cualitativos, nuevos paradigmas, coberturas universales y círculos virtuosos. Para los que se van las restricciones son ubicuas. Su lenguaje pausado encuentra límites por todas partes. Habla de restricciones estructurales, cuellos de botella, trampas de pobreza, problemas de gobernabilidad y círculos viciosos. Es el contraste, obvio, por lo demás, entre el voluntarismo de la inocencia y el derrotismo de la experiencia.

Por ello, hoy más que nunca, son propicias las enseñanzas de algunos pesimistas irredentos: desde Joseph Conrad hasta Samuel Huntington pasando por Robert Kaplan. Y útiles las advertencias del economista Bill Easterly, expulsado hace poco del Banco Mundial por denunciar la feria de ilusiones de los créditos para el desarrollo: “creímos haber alcanzado el elixir muchas veces. Los objetos preciosos ofrecidos han ido desde la ayuda externa hasta las inversiones en maquinaria, desde el desarrollo de la educación hasta el control demográfico, desde los créditos condicionados hasta las reformas de mercado. Pero ninguno ha logrado lo prometido”. Y son también ineludibles las palabras de Nicolás Gómez Dávila, el más lucido de nuestros pesimistas. “Saber cuáles son las reformas que el mundo necesita es el único síntoma inequívoco de estupidez”, dice sin ambages. “El incorregible error político del hombre de buena voluntad es presuponer cándidamente que en todo momento cabe hacer lo que toca. Aquí, donde lo necesario suele ser lo imposible”, reitera más adelante.

No sobra recordar, de otro lado, que todos los planes de desarrollo han sobreestimado el crecimiento de la economía (hoy de nuevo en territorio negativo), que según la ley 100 de 1993 todos los colombianos deberían, para esta fecha, estar afiliados al sistema nacional de salud (hoy escasamente la mitad lo está), que todos los gobiernos han prometido restaurar la navegabilidad por el río Magdalena (hoy surcado, si acaso, por piraguas maltrechas) y que el gobierno que termina prometió hacer el cambio para construir la paz (hoy la paz es una quimera y el cambio una involución).

En fin, una dosis de pesimismo no le viene mal a quienes, en el calor del momento, se creen capaces de hacer todo lo que toca. Y podría servir, además, para evitarnos, de una vez por todas, el ejercicio inútil de ver en las canas del cincuentón de turno las desgracias del país de siempre.